



Sala de lectura de la actual biblioteca del Colegio Minuto de Dios.

¿Por qué los alumnos no aprenden la ciencia que se les enseña?

Una deliciosa sátira de Harold Benjamin, titulada ¡El currículo de dientes de sable!, publicada en 1939, nos hace retroceder a las primeras materias del currículo: formar a los jóvenes en el arte de capturar peces, cazar caballos lanudos a garrotazos y asustar con fuego a los tigres de dientes de sable. La cuestión era: ¿Qué ocurriría con estas venerables materias cuando alguien inventara la caña de pescar, los caballos lanudos se trasladaran a terrenos más altos y fueran reemplazados por antilopes, más veloces, y los tigres se murieran y ocuparan su lugar unos cuantos osos? ¿No se les debería jubilar o sustituir por estudios más pertinentes?

¡No seas tonto! le dijeron los sabios ancianos mostrándonos sus sonrisas más benevolas. ¡No enseñamos a capturar peces con el fin de capturar peces; lo enseñamos para desarrollar una agilidad general que nunca se podrá obtener con una mera instrucción. No enseñamos a cazar caballos a garrotazos para cazar caballos; lo enseñamos para desarrollar una fuerza general en el aprendiz que nunca podrá obtener de una cosa tan prosaica y especializada como cazar antilopes con red. No enseñamos a asustar tigres con el fin de

asustar tigres; lo enseñamos con el propósito de dar ese noble coraje que se aplica a todos los niveles de la vida y que nunca podría originarse en una actividad tan básica como matar osos! Todos los radicales se quedaron sin palabras ante esta declaración; todos salvo el más radical de todos. Estaba desconcertado, es cierto, pero era tan radical que aun hizo una última protesta. ¡Pero, pero con todo! sugirió, ¡deberéis admitir que los tiempos han cambiado! ¿No podríais dignaros a probar otras actividades más modernas? Después de todo, quizá tengan algún valor educativo. Incluso los compañeros radicales de ese hombre pensaron que había ido demasiado lejos. Los sabios ancianos estaban demasiado indignados, la sonrisa se esfumó de sus semblantes ¡Si tu mismo tuvieras alguna educación! le dijeron gravemente, ¡sabrías que la esencia de la verdadera educación es la intemporalidad. Es algo que permanece a través de las condiciones cambiantes como una roca fielmente plantada en medio de un tumultuoso torrente. ¡Has de saber que hay verdades eternas y que sí, su currículo de dientes de sable es una de ellas!

Guy Claxton,
Educar Mentes Curiosas

Convicción racional

POR: GUILLERMO BUSTAMANTE ZAMUDIO

Ciertos muchachos, empeñados en que la universidad estaba al servicio de oscuros intereses, no asistían a las clases de **humanidades**, argumentando que allí se ocultaba la problemática social. Se negaban a tomar **Fundamentos de la Educación** para no producir las bases de la Reproducción ideológica.

Rechazaban la **psicología**, la **semiología**, y otras asignaturas por el estilo, pues no sólo era imposible enseñar la ciencia sino que estaba en entredicho el estatuto de muchas disciplinas, y mal harían dejando de lado tendencias que también se declaraban científicas. Para no ceder a las pretensiones de quienes ahogan las implicaciones críticas del arte mediante criterios de reconocimiento, tampoco tomaban la **estética**. Se oponían a las **didácticas** por entender que enseñaban cómo reprimir mejor. Hacían los **idiomas** a un lado, alegando que la apropiación de una lengua es una práctica social ajena a la Institución. Las cátedras referidas a la Historia también eran despreciadas, pues señalaban el sesgo inevitable en todo estudio de épocas y textos. No asistían a ninguna clase.

Era su decir que el apoyo de sectores marginados garantizaba la defensa, a cualquier precio, de su posición, la única discordancia era entre lo que pensaban y sus acciones cotidianas, fue que se pasaron la vida allí, pues si había algo que nunca pudieron objetar, y sobre lo que tenían la mayor convicción, era que la universidad constituía ante todo, un lugar.